



Federico Cantoni
Università degli Studi di Milano

Heredar el exilio: lenguaje y quiebre representacional en *Los eufemismos* de Ana Negri y *Conjunto vacío* de Verónica Gerber Bicecci

Inheriting Exile: Language and Representational Disruption in *Los eufemismos* by Ana Negri and *Conjunto vacío* by Verónica Gerber Bicecci

Resumen

Este artículo analiza las novelas *Los eufemismos* de Ana Negri y *Conjunto vacío* de Verónica Gerber Bicecci como intervenciones narrativas que reflexionan sobre la herencia del exilio argentino en la llamada segunda generación. A diferencia de los relatos centrados en la experiencia directa del destierro, estos textos exploran las marcas que el trauma exiliar deja en quienes nacieron ya fuera del país, configurando un quiebre epistémico que afecta de manera decisiva el lenguaje y las formas de representación. En *Los eufemismos*, la imposibilidad de nombrar el trauma se manifiesta en la proliferación de desplazamientos lingüísticos que reproducen, de manera involuntaria, la violencia simbólica del discurso dictatorial. En *Conjunto vacío*, en cambio, la autora propone una estrategia intermedial que recurre a la teoría de conjuntos y a los diagramas de Venn para representar el vacío sin llenarlo de sentido. A partir de estas poéticas divergentes, el trabajo sostiene que ambas novelas construyen una reflexión sobre el exilio como “catástrofe de sentido” y ensayan modos alternativos de narrar un trauma heredado.

Palabras clave

Exilio argentino, segunda generación, trauma, lenguaje, representación.

Abstract

This article analyzes Ana Negri's novel *Los eufemismos* and Verónica Gerber Bicecci's *Conjunto vacío* as narrative interventions that reflect on the legacy of Argentine exile in the so-called second generation. Unlike narratives centered on the direct experience of banishment, these texts explore the marks that exilic trauma leaves on those born outside the country, configuring an epistemic break that decisively affects language and forms of representation. In *Los eufemismos*, the inability to name trauma manifests as a proliferation of linguistic displacements that involuntarily reproduce the symbolic violence of dictatorial discourse. Conversely, in *Conjunto vacío*, the author proposes an intermedial strategy that relies on set theory and Venn diagrams to represent the void without filling it with meaning. Grounded in these divergent poetics, this study argues that both novels reflect on exile as a "catastrophe of meaning" and essay alternative modes of narrating an inherited trauma.

Keywords

Argentine exile, second generation, trauma, language, representation.

Introducción: el exilio argentino durante la última dictadura

Entre las medidas de represión de la amenaza subversiva adoptadas por la última dictadura militar que gobernó Argentina desde 1976 hasta 1983, la desaparición forzada de personas ocupa un lugar tristemente destacado. Sin embargo, no fue la única: detenciones legales y clandestinas, torturas e intimidaciones fueron otras facetas del accionar del Estado terrorista. A estas cabe añadir otra: el exilio, cuyo impacto en la configuración sociodemográfica y cultural de la Argentina dictatorial y posdictatorial no es secundario.

El fenómeno del exilio durante los años del así llamado Proceso de Reorganización Nacional tuvo un alcance considerable, aunque difícil de cuantificar dada la falta de fuentes fiables al respecto,¹ hasta tal punto que algunos

¹ Ante la ausencia de censos fiables, la crítica suele recurrir a una estimación aproximada elaborada por el Comité de Estímulo a los Universitarios Argentinos en el Exterior (C.E.U.A.E.), construida a partir de una serie de consultas dirigidas a los principales referentes sociales, culturales y políticos de la emigración, con el objetivo de relevar su percepción sobre la magnitud del fenómeno. El resultado de este estudio fue una cifra total de 2 millones de argentinos emigrados entre 1950 y 1983 (concretamente 2.125.000 personas), lo que equivaldría aproximadamente al 8-9% de la población.

estudiosos lo interpretan en términos de diáspora (Jensen 3), debido a la variedad de caminos, modalidades² y destinos.³

La heterogeneidad que caracterizó el exilio argentino durante el período dictatorial dio lugar a la construcción de un amplio espectro de modelos interpretativos de dicha experiencia. No solo los diferentes grupos involucrados, sino también, a menudo, los propios individuos elaboraron distintas formas de concebir tanto su propia elección como su subjetividad de migrantes. Paralelamente, aquellos que no eligieron el camino del exilio también tuvieron que encontrar una clave interpretativa del fenómeno que, dada su considerable magnitud numérica, el impacto social que derivó y la implicación que a menudo mantuvieron los exiliados con el contexto argentino desde el extranjero, no pudo dejar indiferente a nadie, tanto en las filas militantes como entre las dictatoriales.

Si bien la clase militar mostró una notable cohesión en la elaboración de un marco interpretativo que concebía el exilio como una estrategia de los denominados subversivos para radicarse en el exterior y promover la llamada “campana antiargentina”,⁴ la lectura del fenómeno construida por las organizaciones de militancia armada resultó considerablemente más compleja y atravesada por tensiones internas. En un primer momento, predominó la tendencia a no considerar

² La vía terrestre se configuraba como la alternativa aparentemente más segura para abandonar el país. En este sentido, las fronteras más permeables eran las que separaban Argentina de Uruguay, Paraguay y Brasil. Si bien la coyuntura política de estos Estados limítrofes no los posiciona como destinos definitivos particularmente favorables, un número considerable de exiliados –aun cuando sospechaban, aunque sin pruebas concluyentes, la posible colaboración de las fuerzas de seguridad locales con los militares argentinos– optó por no alejarse excesivamente del territorio nacional, con la expectativa de un retorno próximo. En cualquier caso, la mayoría de quienes salían de Argentina por esta vía se dirigía principalmente a Brasil, desde donde posteriormente emprenden viaje hacia Europa, México o Israel. Paralelamente, un grupo más reducido consideró abandonar el país tras obtener el reconocimiento del estatus de refugiado para solicitar asilo político. Por último, aunque menos empleadas, las rutas aéreas y marítimas también constituyeron alternativas utilizadas de manera cuantitativamente relevante.

³ Entre los destinos privilegiados se señalan Brasil, Venezuela, México, Cuba, España, Italia, Francia y Suecia (Lattes y Oteiza 23).

⁴ Las primeras denuncias de los exiliados contra el gobierno militar surgieron inmediatamente después del golpe, por lo que, ya en 1976, el gobierno militar comenzó a sostener la existencia de una campaña difamatoria contra el país, cuyos responsables eran los subversivos en el extranjero. Ante lo que, en el discurso militar, era, a todos los efectos, una conspiración internacional, el gobierno opuso una verdadera campaña contra la campaña antiargentina, basada en intervenciones públicas de denuncia, declaraciones a nivel nacional y viajes al extranjero de altos cargos del gobierno. El discurso de la junta se orientó en realidad sobre todo hacia el interior, dirigiéndose en primer lugar a la población argentina y configurándose como uno de los mayores intentos de reconstrucción de la legitimidad del Proceso (Franco 202), motivo por el que el poder militar se dedicó a la construcción y consolidación de mecanismos de identificación colectiva que encontraron en el inminente Campeonato Mundial de 1978 un apoyo concreto extremadamente funcional y, en algunos diarios (sobre todo *Clarín* y *La Nación*) el órgano privilegiado de difusión.

el abandono del país como una opción legítima, en la medida en que la permanencia en el territorio nacional se concebía como una prueba de compromiso político y militante. En este sentido, la huida solía ser interpretada como una forma de desertión, lo que implicaba una condena moral hacia quienes optan por abandonar Argentina, al entenderse dicha decisión como un quiebre con el ideal de resistencia y sacrificio que estructuraba el imaginario revolucionario.

No obstante, ante la intensificación de la represión estatal y el carácter sistemático de la violencia ejercida por el aparato militar, esta perspectiva debió revisarse parcialmente. En ese contexto, comenzó a legitimarse el exilio como una alternativa necesaria para garantizar la supervivencia individual y colectiva, así como un recurso estratégico orientado a la conformación de una retaguardia militante en el exterior. Desde esta óptica, la salida del país podía contribuir a la reorganización de redes políticas y, especialmente, a la articulación de espacios capaces de intervenir en el plano internacional mediante la denuncia de la represión, la difusión de información sobre las desapariciones y la colaboración con organismos de derechos humanos.

Sin embargo, esta reformulación interpretativa fue limitada y, en gran medida, funcional a la justificación de la salida de los cuadros dirigentes, presentada como indispensable por su supuesto carácter insustituible. Por el contrario, para los militantes de base, la posibilidad de exiliarse debía ser previamente autorizada mediante la presentación de una solicitud formal a la organización, la cual, aun en caso de resolución favorable, no garantizaba al exiliado ni protección ni apoyo económico. Esta desigualdad en el acceso al exilio profundizó las tensiones internas y evidenció una jerarquización de las trayectorias militantes, en un escenario en el que el exilio oscilaba entre ser concebido como un instrumento de continuidad política y como un signo de derrota, de repliegue o de fractura del proyecto revolucionario.

La literatura argentina en el exilio

Paralelamente al aumento del número de ciudadanos exiliados, también crecieron los textos escritos en el exilio, con un pico identificable entre 1974 y 1983. Si, dentro de las fronteras nacionales, la presencia del Estado terrorista impuso la elaboración de una serie de estrategias discursivas –sobre todo la alegoría y la metáfora– que permitieran a los escritores en el exilio eludir el problema de la censura y la represión (Reati, *Nombrar* 60), los problemas eran diferentes. Al recordar su propia experiencia, Noé Jitrik señala que el término “exilio” fue rechazado en 1974 por los propios intelectuales para designar la situación que ellos mismos vivían y, así permaneció hasta 1978, cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) visitó Buenos Aires, momento en el que se comenzó a comprender el valor político de la expresión (198). Este rechazo dificultó que los intelectuales se organizaran de manera eficaz, ya que las ventajas de una posible organización se veían contrarrestadas por una serie de argumentos en contra que, junto con una constante ambigüedad sobre la participación o no de los individuos en posibles iniciativas, diluían la fuerza potencial del conjunto. Cuando finalmente se aceptó que la condición de exilio podía ser una postura desde la que efectivamente se podía hacer algo por el país, los grupos comenzaron a proliferar, con el objetivo de afirmar su voz y su presencia.

De esta situación surgió un fuerte sentimiento de extrañamiento hacia la patria, como lo atestiguan los siguientes versos de Juan Gelman, escritos en 1979: “¿[...] dónde queda el país donde todos se reúnen? / ¿atrás/ adelante/ abajo/ arriba/ queda ese país?” (105). A este sentimiento de extrañeza contribuyó también el ostracismo que sufrieron los autores en los países de llegada, motivado por el desconocimiento de su obra, el alejamiento de su público natural de lectores y el hecho de que podían ser percibidos como una competencia potencial por parte de los autores nacionales.

Otro problema al que se enfrentaron los autores fue la falta de comprensión de la crítica especializada, que, incapaz de clasificarlos según criterios geográficos,

prefirió, en la mayoría de los casos, ignorarlos antes que abordar el problema, tanto en el ámbito académico como en el editorial. Por esta razón, autores como Héctor Bianciotti y Juan Rodolfo Wilcock fueron muy criticados por escribir en un idioma distinto del español y por integrarse plenamente en los países de acogida (Francia e Italia, respectivamente).

Sin embargo, todos estos obstáculos no impidieron que la lista de títulos de la literatura argentina producida fuera de las fronteras nacionales resultara tan extensa como variada. La crisis epistemológica provocada por el fenómeno del exilio afectó a todos los sistemas de representación artística, pero, no desanimó a los artistas a seguir intentando representar su país de origen, en un esfuerzo por salvaguardar su identidad. Como señala la escritora Tununa Mercado:

La situación de exilio exacerbó, acaso como ningún nacionalismo logró hacerlo, la condición de pertenencia a un país de origen [...] Lo que se escribió durante o inmediatamente después de la dictadura militar tuvo esa marca de sustracción y de violencia que anida en cualquier nostalgia. (44)

Algunos escritores se esforzaron por interpretar el abandono de Argentina como un estímulo positivo para la creación artística. Es el caso de Juan José Saer y Mempo Giardinelli, quienes sostuvieron que la consecuencia de vivir en el extranjero era, en primer lugar, una apertura de la mirada intelectual. Se trata, en cualquier caso, de ejemplos aislados. La mayoría de los autores valoraron negativamente la experiencia del exilio, salpicando sus textos de imágenes asociadas a los campos semánticos de la parálisis, la alienación y la invisibilidad. Fernando Reati señala:

la vivencia colectiva de ese período se ficcionaliza por medio de la presencia abrumadora de espacios cerrados y situaciones asfixiantes en la novelística, que hacen del ahogo y el encierro un paradigma recurrente para representar la violencia. (“Literatura argentina” 28)

Una de las mayores dificultades a las que se enfrentan los escritores exiliados es encontrar una forma de contar la historia mediante la narración. La mayoría de los autores coincidían con Paul Ricoeur en considerar la Historia con mayúscula y las historias personales como dos entidades conectadas. A este respecto, Herlinghaus afirma que “sin esas historias pequeñas, la constitución de identidades y memorias cotidianas sería imposible” (463), lo cual coincide con la posición de Hayden White, quien señala que la nueva narrativa histórica es concebible a partir de un trabajo de imaginación, difuminando así las rígidas fronteras entre historia y ficción. De acuerdo con estas posiciones, se encuentra también la de Tomás Eloy Martínez, quien sostiene que las mejores novelas argentinas de los últimos cincuenta años pueden leerse como una respuesta a los silencios de la historiografía (91).

Siguiendo estas coordenadas teóricas, es posible examinar las diferentes estrategias de representación de la historia en la literatura argentina del exilio, un conjunto que, como señala José Luis de Diego, resulta ser extremadamente heterogéneo:

Desde el sentimiento de pérdida de la tierra propia, y de las personas y objetos que forman su entorno, hasta el extrañamiento frente al nuevo territorio; desde la voluntad de reinterpretar lo ocurrido en el país que los expulsa, hasta las formas de declaración catártica que impugnan a los causantes del éxodo; las experiencias que el exilio conlleva son elaboradas mediante escrituras que apelan a menudo a estrategias muy diferenciadas y conforman un corpus que, lejos de resultar homogéneo, se nos ofrece rico por su diversidad. (440)

El corpus de obras narrativas argentinas producidas en el exilio se articula, por ende, según recorridos temáticos y formales extremadamente heterogéneos:

desde el recurso al ya mencionado lenguaje alegórico –*Libro de navíos y borrascas* (1984) de Daniel Moyano–, a la revisión crítico-irónica de los mitos nacionales, como en el caso de *La novela de Perón* (1985) de Tomás Eloy Martínez; pasando por textos marcadamente testimoniales, como *La escuelita* (1986) de Alicia Partnoy, hasta novelas que utilizan los instrumentos retórico-formales de géneros como el neopolicial –*Qué solos se quedan los muertos* (1985) de Mempo Giardinelli– o la crónica familiar, como por ejemplo *El cielo con las manos* (1981) del mismo Giardinelli y *Criador de palomas* (1984) de Mario Goloboff.

La segunda generación en y desde el exilio

Frente a la evidente influencia que la experiencia del exilio durante el periodo dictatorial ejerce en la narrativa argentina de los años setenta y ochenta del siglo pasado, no resulta sorprendente que este mismo tema haya seguido determinando una importante parte de la producción literaria y cinematográfica de la generación siguiente a la que padeció, en primera persona y en edad adulta la represión dictatorial, surge así, la denominada “generación de hijos” (Basile, *Infancias*; Cantoni, *Hijos*).

Paralelamente, al amplio número de textualidades que abarcan la experiencia de los hijos y las hijas de detenidos-desaparecidos, el corpus de narrativas de los hijos incluye también un importante número de textos, sobre todo novelas que centran su reflexión, precisamente, en el tema del exilio y en lo que significó pasar por esta experiencia durante la niñez, explorando, según el texto y las contingencias biográfica de su autor/a, sus distintas etapas: desde la ida de Argentina, transitando por las dificultades de arraigo en los países de acogida y reflexionando, en algunos casos, en las dificultades que implicó volver en su patria natal.

Una de las voces quizá más conocidas que abordan este tema es la de Laura Alcoba, hija de militantes montoneros e instalada en Francia desde la infancia, tras

el exilio de su madre. Si bien la fama de Alcoba se debe a la publicación de la novela *La casa de los conejos* (2008), dedicada a su infancia en clandestinidad en la ciudad de La Plata, las dos novelas que completan la trilogía homónima –*El azul de las abejas* (2013) y *La danza de la araña* (2018)– están por completo dedicadas a narrar su complejo proceso de adaptación al contexto francés. Siguiendo la misma estrategia narrativa de su primera novela –la narración de los hechos a través de una narradora homodiegética cuya voz se moldea a partir de la edad que tenía Alcoba cuando vivió los acontecimientos– la autora presenta las vivencias de una niña (*El azul de las abejas*) y luego de una adolescente (*La danza de la araña*) que tiene que emprender un complejo proceso de adaptación a un contexto nuevo y ajeno, cuya piedra angular es la cuestión lingüística: la protagonista Laura, doble ficcional de la autora, está absolutamente obsesionada por aprender lo más rápido posible el francés, con una insistencia particular en el dominio fonético. Las dificultades para alcanzar una perfecta pronunciación del idioma inhiben el proceso de adaptación de la protagonista, cuya habla es constantemente “dislocada” por el acento argentino y por el difícil trabajo de pensar en un idioma y siempre tener que auto traducirse al hablar. De hecho, esta condición liminal –“todo pasaba en dos tiempos: pensaba en castellano, traducía mentalmente las palabras, y sólo después abría la boca” (*Azul* 118)– encuentra su solución solo cuando “un día, por fin, pensé en francés. Sin darme cuenta, y sin quererlo. Pensé y hablé en francés *al mismo tiempo*” (118), permitiéndole a Laura dejar de sentirse ajena a su nuevo entorno social, cultural y lingüístico.

La partida de Argentina y el difícil proceso de adaptación a un nuevo país no son los únicos ejes que articulan las narrativas de los hijos que surgen de la experiencia del exilio. De hecho, varios textos dirigen la atención hacia otro momento: el del regreso al país natal (ausente en el caso de Alcoba, que sigue viviendo en Francia y escribiendo en francés). En este sentido, un ejemplo quizá paradigmático es la novela *La caja Topper* (2019) de Nicolás Gadano, quien vivió la mayor parte de su infancia y adolescencia en México tras la huida de sus padres

del país, militantes montoneros. Si bien, la cuestión del regreso a Argentina no es el eje narrativo principal de la novela –cuyo proceso de escritura empieza cuando el autor hereda, tras el fallecimiento de la madre, la caja titular, en la que la mujer guardó recuerdos a lo largo de toda su vida y cuyo hallazgo empuja a Gadano a entablar un diálogo activo con ese archivo, hasta heredar también el papel de arconte del mismo (Cantoni, *Materarchivo*)–, es cierto que este tema entra de manera preponderante, aunque a veces oblicua, en la narración. Tras una intensa reflexión sobre las elecciones políticas de sus padres –y del padre en particular–, Gadano evidencia una faceta quizás menos considerada del exilio, es decir, la imposibilidad de volver verdaderamente a un lugar de origen, definitivamente perdido con el paso del tiempo:

Volvimos al país, y nos dimos cuenta que no era este el regreso que esperábamos, que esperábamos el regreso a nuestra época, a nuestra victoria, a nuestros muertos, a lo que ya no encontraríamos jamás. De este exilio, no se puede volver. (147)

El autor declarará que “mis años de nostalgia triste no eran los del exilio en México. Eran esos primeros años de la democracia en Buenos Aires” (149), lo que lo lleva a querer “terminar con el desexilio, lo peor del exilio” (144).

Heredar el exilio

Este rápido bosquejo de la narrativa dictatorial y posdictatorial, centrado en el tema del exilio, aunque seguramente no exhaustivo, pone en evidencia cómo la literatura argentina se ha configurado como un espacio privilegiado de recepción y

elaboración —o de intento de elaboración— del trauma del exilio. Este vínculo estrecho entre exilio y literatura tiene su origen en las características del primero: el exilio imposibilita la satisfacción de una de las necesidades básicas del ser humano, la de arraigarse, imponiendo al individuo alejado de su tierra y de su pasado una discontinuidad traumática, “al igual que la muerte, pero sin la clemencia final de la muerte” (Said 142).

Ante esta ruptura, el exiliado siente la necesidad de reconstruir su vida, un proceso que pasa inevitablemente por la memoria, cuya función siempre está ligada a la relación problemática con la tierra de origen. La particularidad del papel que desempeña la memoria en la experiencia del exilio reside en el hecho de que, en la mayoría de los casos, preservar el recuerdo de la patria perdida se asemeja más a un proceso de invención que a la mera conservación de datos históricos, ya que:

Lo *autóctono* en el exilio, aquello que se cataloga como *propio*, tiene un estatuto de autenticidad, al menos, ambiguo. Gran parte de esta ambigüedad tiene su origen en la idealización con que se revisten el país, los usos, y los objetos de la vida anterior, una idealización que viene a compensar la brutalidad de la pérdida. (Mandolessi 73)

Vivir el exilio se configura como un proceso a medio camino entre la voluntad de conservar recuerdos de la vida anterior, que, muy a menudo, se transforman paulatinamente en la invención de una imagen idealizada de la patria y en la necesidad de empezar una nueva vida. Una tensión constante entre un “acá” y un “allá” que hace que el exiliado no esté en ninguno de los dos lugares, una condición que Sayad define como “doble ausencia”. Sin embargo, si es cierto que este posicionamiento liminal del sujeto exiliado entre dos tiempos y dos espacios evidencia la falta de ambos, también genera cierto fenómeno de correlación entre los dos lugares que, otra vez, explica en cierta medida el estrecho vínculo entre exilio y creación literaria, ya que “para un exiliado, los hábitos de vida, expresión

o actividad del nuevo entorno se producen inevitablemente enfrentados a la memoria de dichos hábitos en otro entorno. Así, tanto el nuevo como el viejo entorno son vívidos, reales, y suceden juntos de forma contrapuntística” (Said 127) y, el único espacio capaz de contener este contrapunto de cronotopos es precisamente aquello literario, en virtud de las posibilidades de significación que le otorgan los distintos recursos retóricos del lenguaje, una herramienta para decir algo que, de otra manera, quedaría en la pura “catástrofe de sentido” (Gatti, *Detenido*).

Sin embargo, reflexionando sobre la narrativa de los hijos sobre el exilio, el objetivo de esta investigación surge a partir de otra pregunta, ya que, en casos como los de Alcoba y Gadano el exilio es padecido en primera persona, aunque, durante la infancia. Pero ¿qué pasa cuando estos hijos nacen ya en el exilio? ¿Cómo influye la experiencia familiar en sus vidas? ¿Cómo se puede, si se puede, decir este trauma heredado en la praxis narrativa?

Para intentar contestar a estas complejas preguntas, se enfocarán, a través de un análisis comparativo textual e intermedial, dos casos de estudio: dos novelas que, como se profundizará, comparten varias características en común. Estas son *Conjunto vacío* de Verónica Gerber Bicecci, publicada en 2015, y *Los eufemismos* de Ana Negri, publicada en 2021, ambas primeras obras de autoras nacidas en México, de familias argentinas exiliadas después del golpe de Estado de 1976.

Las características que las dos novelas tienen en común no se limitan a la trayectoria biográfica de las dos autoras; de hecho, tanto la de Gerber Bicecci como la de Negri proporcionan una reflexión acerca del significado de haber nacido en una familia que vivió el trauma del exilio y, de cómo esta experiencia afecta a su generación. Ambas coinciden, aunque de manera distinta, en reconocer la experiencia exiliar como un quiebre del sistema simbólico que permite a los sujetos orientarse en el mundo y afecta su expresión más inmediata, es decir, el lenguaje.

Eufemismos y vacíos: (no) decir el exilio argentino

Este asunto es bastante evidente a partir del título de una de las dos novelas que se analizarán: *Los eufemismos*, escrita por Ana Negri. La protagonista de la novela se llama, de manera muy irónica, Clara, ya que de claro en su vida hay muy poco. De hecho, vive en una constante tensión entre dos culturas y sus respectivas manifestaciones lingüísticas: por un lado, la mexicana, su cultura natal, pero, por el otro la argentina, heredada de sus padres exiliados. Esta tensión se manifiesta de manera evidente en la novela en una escena en la que Clara tiene que leer un texto en voz alta, avergonzándose de su acento argentino, exactamente como le pasaba a Laura en *El azul de las abejas*:

Cuando ha tenido que leer en voz alta siente una inmensa vergüenza de hacerlo mal, por no saber qué acento usar. O más bien, de saber que el acento que está por escapar todo el tiempo, es el de una argentina cuya pertenencia no pende más que del recuerdo de otros. El mexicano... ése le sirve para vivir, no para leer. (*Los eufemismos* 28)

Este posicionamiento incierto en el umbral entre las dos facetas de su identidad estalla cuando, o quizá se vuelven evidentes en su vida, los eufemismos titulares, a través de un episodio que se convierte en “la brecha que ahora dividía su cronología en un antes y un después” (19). De hecho, Clara se encuentra obligada a rearticular su presente, pero también a repensar su pasado, cuando un día recibe un llamado en el trabajo para ir a buscar a su madre, quien sufre un colapso psicológico: ““Su mamá llegó hace un par de horas y... *está muy nerviosa*”, le dijeron. Ese día empezaron los eufemismos” (18). A partir de este momento, la protagonista tendrá que hacerse cargo de la madre, quien, a lo largo de los años, seguirá atrapada en los recuerdos traumáticos de la violencia sufrida en Argentina durante la dictadura. Lo interesante, es que ningún personaje en la novela se refiere directamente al trastorno de la mujer: la madre está “muy nerviosa”, el padre se

refiere a ella como “la pálida de tu madre” (61) e incluso, la misma Clara se refiere a la condición de su madre definiéndola, tan solo, como “sus cosas” (58).

Lo que pone en escena Negri es la imposibilidad de lenguaje para dar cuenta del trauma exiliar, ya que este último, como ya se ha señalado, constituye una verdadera “catástrofe de sentido” (Gatti, *Detenido*), algo que supera los instrumentos que dan y permiten entender el sentido e instala las cosas en lugares ajenos a él. *Los eufemismos*, por lo tanto, operan como una manera de acercarse a algo que, debido a su naturaleza catastrófica, se escapa de las posibilidades del lenguaje y, sobre todo, del pensamiento. La propia Negri lo manifiesta en una entrevista: “Si por algo me gustaba el término de los eufemismos tenía que ver porque justamente apunta a ese vacío, es decir, a la incapacidad de asir aquello a lo que, de alguna manera, se está tratando de llegar” (Negri, en Urbano).

El quiebre psíquico de la madre surge paralelamente a los trámites legales para el pedido de reparación económica a la que la mujer tiene derecho en tanto víctima de persecución estatal, que siguen postergándose durante toda la novela, hasta que, hacia el final, Clara logra llevarla a una oficina de migraciones para obtener unos papeles que certifiquen su condición de exiliada. Sin embargo, la madre, que desde el primer episodio esquizoide sigue con manías de persecución que más bien podrían definirse como un “acting out” (LaCapra 142) del trauma de la clandestinidad y del exilio, sufre otro ataque durante la cita en la oficina de migraciones y el trámite se detiene otra vez. La razón de su crisis es otra vez lingüística: frente a las preguntas de la empleada, para las que Clara tiene un guion de respuestas bien estudiadas y ensayadas, la madre interviene de manera cada vez más intensa para proporcionar su versión de los hechos, preguntándole a su hija de manera directa “¿A vos te parece que todo esto es un trámite nada más? [...] cómo vamos a resolver esto si no le explicás bien” (Negri, *Los eufemismos* 136). Lo que la madre está reclamando, a través de sus constantes irrupciones en el discurso aséptico y jurídicamente ensayado de Clara, no es solamente el derecho a proporcionar una versión personal y situada de su experiencia que no se quede encerrada en el registro legal, frío y exento de cualquier marca subjetiva capaz de

dar cuenta del sufrimiento de la mujer, sino también el acto mismo de decirla en voz alta, de reapropiarse de un código manco, lastimado, amputado. El derecho que reclama la mujer no es solo aquello político a la verdad y a la justicia, en línea con los reclamos sociales posteriores a la recuperación democrática argentina, sino — y antes que nada— a la palabra, en tanto marca ontológica del sujeto (Benveniste 82). Por eso, el punto de quiebre de la escena llega cuando Clara, enfadada, le grita a la mujer que se calle, pedido que desencadena una fuerte reacción:

¡Yo no me callo! De eso se trataba todo, a fin de cuentas, de que nos calláramos. La salud de Argentina, según ellos, era nuestro silencio. [...] «Silencio es salud» decía el cartelito para todos los ángulos de la ciudad. ¿Te das cuenta? Hacían lo que querían con las palabras. ¡Silencio es muerte, debieron haber escrito! (139)

A través de esta escena de finales de la novela, queda evidente algo que se intuye a lo largo de todo el texto: los eufemismos a los que todos los personajes acuden para referirse a la enfermedad de la madre son el resultado y el espejo del lenguaje ocupado por los militares, que, como señala la misma Negri, “Se valieron de eufemismos para no decir: desaparecidos, asesinatos, tortura, etcétera, con el fin de encubrir todo lo que estaba sucediendo y, al mismo tiempo, ejercer el trauma perpetuándolo mediante palabras de la vida cotidiana, ominosamente cargadas de horror” (en Urbano). Lo reconoce la misma madre en una escena anterior:

Hasta el lenguaje nos violentaron: «Proceso de Reorganización Nacional», le pusieron. Nos cambiaron el significado de todo, nos retorcieron las palabras y nos dieron vuelta el mundo. «Criminales», nos llamaban los torturadores, los secuestradores... ¡A nosotros! [...] La capucha, la parrilla, la pileta, lo cotidiano estaba marcado por ellos, por su violencia, por todas partes. (*Los eufemismos* 118)

La imposibilidad de nombrar la enfermedad de la madre y su origen se convierte así en una esquirra de la estrategia discursiva militar, cuyo objetivo era instalar el terror en la vida cotidiana de la ciudadanía, atacando el elemento basilar de esta cotidianidad, el lenguaje. Faltan palabras porque estas han sido paulatinamente apropiadas por el poder dictatorial, lo que impone un quiebre en la posibilidad de articular un sistema de representación de la realidad que también se transmite a la generación siguiente. Es lo que le pasa a Clara:

es intermitente: requiere mucho tiempo para encontrar las palabras adecuadas y, en la mayoría de los casos, apresura las pausas que incomodan a su interlocutor con un neologismo que condensa sus necesidades y le evita discernir entre una palabra y otra. (83)

De tal manera, coincido con Teresa Basile, quien subraya como “este texto discute la percepción del exilio como una solución o punto final al terror padecido, o como el inicio de una nueva vida, o una salvación para quienes lograron escapar de la dictadura” (*Vueltas* 291) y, si bien, el personaje de Clara muestra una actitud menos estática con respecto a la madre –en vez de callar detrás de los eufemismos inventa neologismos–, también, es cierto que el neologismo en cierta medida la saca del flujo comunicativo, al ser un elemento lingüístico ajeno al código de su interlocutor, convirtiéndose, por lo tanto, en otra esquirra del ataque dictatorial al lenguaje.

En este sentido, la interrogante que plantea *Los eufemismos* es: ¿cómo volver el trauma del exilio pensable y, por lo tanto, decible, si el lenguaje, citando a Gatti, “rebota cuando se [...] acerca” (“Narrativas” 28) a la catástrofe de sentido que este presupone e instala?

Precisamente, a partir de esta interrogante, resulta interesante reflexionar sobre la segunda obra que integra el corpus de este trabajo: Conjunto vacío, de Verónica Gerber Bicecci. La trama de la novela se construye en torno a la narración

autodiegética de la protagonista, Verónica, organizada en relatos fragmentarios y cronológicamente desordenados, cuyo núcleo temático es el vacío existencial que deja el trauma del exilio en la vida de las víctimas y que se transmite a la generación de sus hijos.

En la novela, este vacío se concreta en la ambigua y misteriosa “desaparición” de la madre de la protagonista, una exiliada argentina en México, ocurrida siete años antes del presente narrativo. Al leer la novela, nunca se entiende si la madre de verdad deja a su familia o si sufre un quiebre que la condena a un silencio que, en palabras de Teresa Basile, se parece a “una especie de desaparición en vida, provocada por la herida traumática aún irresuelta” (*Vueltas* 286).

Lo que es cierto es que la falta de la madre se convierte en una herida primigenia de la que irradian todos los núcleos narrativos del texto, en un juego de reflejos paradójicos que transforma la ausencia, el vacío, en la presencia más engorrosa y angustiosa en la vida de Verónica. Como en la novela de Negri, también en *Conjunto vacío* nos encontramos ante un entramado que se articula en torno a una relación madre-hija, aunque en este caso marcada por la ausencia. Si en *Los eufemismos* la presencia de la madre satura la narración con su habla manca pero omnipresente, aquí, la madre, a través de su indefinida evanescencia, se queda en absoluto silencio.

Sin embargo, frente a la fuerza entrópica de este vacío, Gerber Bicecci propone un discurso que, en lugar de intentar llenarlo, lo acepta como una cifra identitaria capaz de posibilitar un nuevo posicionamiento enunciativo. Para ello, la palabra debe enfrentarse necesariamente a sus límites y preguntarse cómo puede representarse algo que, por su propia naturaleza de acontecimiento traumático, pone en crisis el lenguaje, privándolo de toda posibilidad de representación. La respuesta de Gerber Bicecci es tan sencilla como aterradora: no se puede. “Hay cosas [...] que no se pueden contar con palabras” (25) declara en cierto momento la protagonista, pero es precisamente en la especificación “con palabras” donde radica la

peculiaridad de la novela, ya que donde falla la palabra, otros códigos son capaces de superar la catástrofe lingüística.

Por esta razón, Gerber Bicecci, que en su página web define a sí misma como “artista visual que escribe⁵”, inserta a lo largo de toda la novela un extenso número de elementos gráficos no-figurativos dibujados por ella. Evidentemente, la elección de estos elementos no es aleatoria y tiene su origen, precisamente, en el deseo de representar algo —el vacío— que, por su propia naturaleza, escapa al acto de representación. Como señalan Jelin y Langland, “La re-presentación supone la existencia de un algo anterior y externo (la “presentación” inicial) que será “re”-presentado ¿Cómo representar entonces los huecos, lo indecible, lo que ya no está?” (2). Además, pregunta Gabriel Gatti, “¿cómo [...] hablar del vacío sin llenarlo?” (“Narrativas” 31).

Ante la necesidad de representar esta zona fronteriza, la autora recurre a las herramientas de la única disciplina capaz de transformar el vacío en una categoría ontológicamente operativa: las matemáticas y, concretamente, a la teoría de conjuntos, que considera la existencia de un tipo particular de conjunto que no contiene ningún elemento: el conjunto vacío. La ausencia de elementos, sin embargo, no significa que dicho conjunto no exista, sino que debe considerarse, simplificando, como un contenedor vacío.

La teoría de conjuntos y en particular la categoría de “conjunto vacío”, se convierten así, en herramientas a través de las que Gerber Bicecci consigue representar el vacío dejado por el desgarró existencial del exilio, sin correr el riesgo de traicionar su característica más intrínseca, a saber, sin “llenarlo” de sentido.

Sin embargo, para poder utilizar esta “otra” herramienta representativa, primero, hay que encontrar un código capaz de comunicarla y, es frente a esta necesidad, que entra en escena la representación gráfico-artística: de hecho, en la novela Gerber Bicecci utiliza la representación gráfica de la teoría de conjuntos — los diagramas de Venn— para presentar el vacío a través de un lenguaje capaz de

⁵ Gerber Bicecci, Verónica. “Semblanza/Bio”. *Verónica Gerber Bicecci*, www.veronicagerberbicecci.net/semblanza-bio. Consultado el 16 de febr. 2026.

representarlo sin convertirlo en una catástrofe de sentido. Por lo tanto, casi en todas las líneas narrativas de la novela aparecen diagramas de Venn, sobre todo, en escenas en las que la protagonista intenta establecer algún tipo de vínculo con otros personajes (fig. 1).

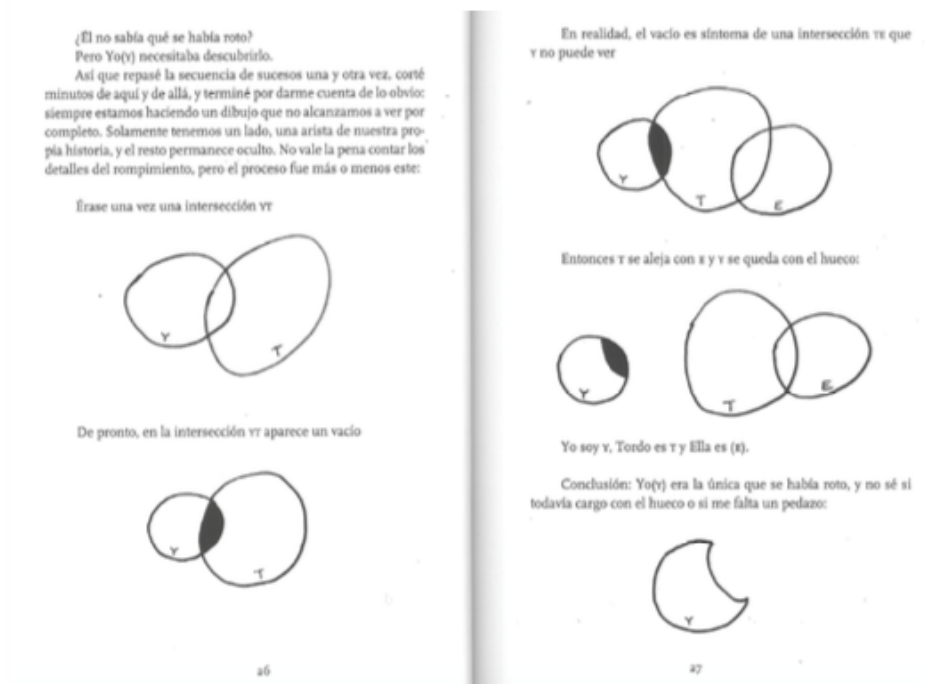


Imagen 1. Gerber Bicecci 26–27

Por un lado, como señala Schmitter, “las imágenes no ilustran solamente, sino que participan en el desarrollo de la trama, de la narración y del significado” (23), por el otro, el uso intensivo de diagramas permite a Gerber Bicecci alcanzar un alto grado de abstracción, haciendo posible una representación del vacío existencial que prescinde de las contingencias de la narración de la historia de la protagonista Verónica, abriendo las mallas de sentido del texto a la totalidad caleidoscópica de la experiencia del exilio.

En efecto, la capacidad que demuestran los diagramas para testimoniar el vacío sin traicionar su consistencia ontológica los convierte en portadores de los

significados más profundos de la novela, mientras que la narración autodiegética de Verónica se transforma, a todos los efectos, en una *mise en abyme* (Cantoni, “Testimoniar”). El tema fundamental de *Conjunto vacío* consiste en la construcción de un sistema de representación capaz de evidenciar el vacío desde este mismo, en el que se inscribe la narración de los acontecimientos de Verónica, vehiculada por la combinación intermedial entre la palabra escrita y la representación gráfica.

No obstante, esto no significa que la operación de abstracción de los acontecimientos de Verónica respecto de la estructura representacional borre el marco histórico de la novela. La propia protagonista lo comenta en su reflexión sobre los diagramas de Venn y la prohibición de su enseñanza durante la dictadura:

Los diagramas de Venn son herramientas de la lógica de los conjuntos. Y la dictadura, desde la perspectiva de los conjuntos, no tiene ningún sentido porque su propósito es, en buena medida, la dispersión: separar, desunir, diseminar, desaparecer. Tal vez es eso lo que les preocupaba, que los niños aprendieran desde pequeños a hacer comunidad, a reflexionar en colectivo para descubrir las contradicciones del lenguaje, del sistema. (84)

La elección de un código prohibido por el discurso político y cultural que dio lugar al trauma individual y colectivo es, por lo tanto, síntoma de la voluntad de Gerber Bicecci de oponerse a esta lógica disyuntiva y sustituirla por un acto enunciativo inclusivo, abierto al contacto con el otro. El objetivo último de los dibujos gráficos no es tan solo tejer una narración sino comunicar la intención que subyace a su concepción: reflexionar sobre la influencia del pasado tanto individual como histórico, en el presente; oponerse a las lógicas que impusieron el trauma del exilio y volver evidentes y manifiestos los efectos y vacíos que dejaron, para transformarlos en categorías a través de las que construir un discurso que, en lugar de borrarlos, los reivindique y se apropie de ellos para repensar la identidad de las víctimas de este trauma.

Conclusiones

El análisis de las novelas de Negri y Gerber Bicecci pone de manifiesto tanto las continuidades como las divergencias entre la narrativa de los hijos nacidos en el exilio y la de aquellos coetáneos que experimentaron la experiencia del destierro durante la infancia. Si, en casos como el de Alcoba o de Gadano, la atención de los autores se centra en las distintas etapas del desplazamiento exiliar –ya sea el momento de la llegada en un nuevo contexto sociocultural, o la vuelta imposible a un origen perdido en país natal–, las obras de hijos que “heredaron” el trauma exiliar de sus padres enfoca, más bien, como este exilio no vivido en primera persona afecta tanto a los progenitores como a sus mismos procesos de construcción identitaria, por medio de una reflexión que pone en el centro como el quiebre epistémico y representativo del exilio quiebra la herramienta principal del pensamiento, el lenguaje.

En este sentido, las dos novelas analizadas ensayan dos maneras distintas de reaccionar a la fractura representacional: por un lado, en la novela de Negri, el recurso a maneras alternativas y oblicuas de decir el trauma del exilio (los eufemismos titulares), que si bien acuden al mismo código irremediabilmente afectado por las operaciones discursivas de quienes impusieron el exilio, logran en todo caso armar un sistema representacional –aunque precario– capaz de decir, inclusive a través de los silencios, el trauma; por el otro, en su novela Gerber Bicecci logra deshacerse de este código y encontrar otro que, aunque sin negarlo, acepta el vacío existencial impuesto por el exilio como lugar de enunciación desde el que narrar y narrarse.

Las dos novelas, por lo tanto, no constituyen una trayectoria teleológica, que desde el silencio de un lenguaje verbal saturante pero vacío llega a su extremo opuesto, sino que muestran dos respuestas distintas a un mismo problema representacional: al exponer los vacíos epistémicos impuestos por el exilio, o al

encontrar un lenguaje que logra deshacerse de las palabras para encontrar otro código capaz de decir el trauma, ambas autoras logran volver este trauma algo pensable y, por ende, habitable.

Bibliografía

- Alcoba, Laura. *El azul de las abejas*. Edhasa, 2013.
- _____. *La casa de los conejos*. Edhasa, 2008.
- _____. *La danza de la araña*. Edhasa, 2018.
- Basile, Teresa. *Infancias. La narrativa argentina de HIJOS*. Eduvim, 2018.
- _____. *Vueltas y revueltas del testimonio en América Latina. De la Revolución a los Derechos Humanos*. CLACSO, 2024.
- Benveniste, Emile. *Problemas de lingüística general, II*. Siglo XXI, 1979.
- Cantoni, Federico. “Del ‘materarchivo’ al ‘filiarchivo’”. Dinámicas intergenéricas e intergeneracionales en *La caja Topper* de Nicolás Gadano”. *Archivi Americani. Virtualità, Memoria, Archeologia Mediale*, editado por Guido Baggio et al. Bordighera Press, 2025, pp. 93–105.
- _____. *Hijos argentini. Trame intergenerazionali e percorsi identitari*. Pàtron, 2023.
- De Diego, José Luis. “Relatos atravesados por los exilios”. *Historia crítica de la literatura argentina. Vol. XI: La narración gana la partida*, editado por Noé Jitrik. Emecé, 2000, pp. 431–58.
- Franco, Marina. “La ‘campaña antiargentina’: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso”. *Derecha, fascismo y antifascismo en Europa y Argentina*, editado por Judith Casali de Babot y María Victoria Grillo. Universidad de Tucumán, 2002, pp. 195–225.
- Gadano, Nicolás. *La caja Topper*. Planeta, 2019.
- Gatti, Gabriel. *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Trilce, 2008.
- _____. “Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)”. *CONfines*, vol. 2, núm. 4, 2006, pp. 27–38.
- Gelman, Juan. *De palabra*. Visor, 1994.
- Gerber Bicecci, Verónica. *Conjunto vacío*. Pepitas de calabaza, 2015.

- _____. “Semblanza/Bio”. Verónica Gerber Bicecci, www.veronicagerberbicecci.net/semblanza-bio. Consultado el 16 de febr. 2026.
- Herlinghaus, Hermann. “Imaginación melodramática, narración anacrónica e identidades diferentes: aporías y nuevas expectativas del debate cultural latinoamericano”. *Heterotopías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*, editado por Carlos A. Jáuregui, et al. IILI, 2003, pp. 461–76.
- Jelin, Elizabeth y Victoria Langland. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Siglo XXI, 2003.
- Jensen, Silvina. “Exilio e historia reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción.” *Aletheia*, vol.1, núm. 2, 2011. repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/3113. Consultado el 27 ene. 2025.
- Jitrik, Noé. “Miradas desde el borde: el exilio y la literatura argentina”. *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, editado por Saúl Sosnowski. Eudeba, 2004, pp. 196–201.
- LaCapra, Dominick. *Writing History, Writing Trauma*. Johns Hopkins University Press, 2014.
- Lattes, Alfredo, y Enrique Oteiza. *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados*. CEAL, 1987.
- Mandolessi, Silvana. “Sobre exiliados, migrantes y extranjeros: hacia una definición terminológica.” *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 39, 2010, pp. 71–78.
- Martínez, Tomás Eloy. *La novela de Perón*. Legasa, 1985.
- Mercado, Tununa. “Fuegos fatuos. Escribir en Buenos Aires”. *Literaturas del Río de la Plata hoy. De las utopías al desencanto*, editado por Karl Kohut. Iberoamericana, 1996, pp. 44–47.
- Negri, Ana. *Los eufemismos*. Firmamento, 2021.
- Reati, Fernando. “Literatura argentina de la ‘guerra sucia’: el paradigma del espacio invadido.” *Texto Crítico*, núm. 39, 1988, pp. 26–37.
- _____. *Nombrar lo innombrable. Violencia política y novela argentina: 1975-1985*. Legasa, 1992.
- Ricoeur, Paul. “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”. *Tiempo y narración III*. Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 939–89.
- Said, Edward W. *Reflexiones sobre el exilio y otros ensayos literarios y culturales*. Debolsillo, 2013.
- Sayad, Abdelmalek. *La doble ausencia: De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Anthonpos, 2010.

- Schmitter, Gianna. “Contar con todo: análisis de las estrategias intermediales en la novela *Conjunto vacío*, de Verónica Gerber Bicecci”. *Bellaterra Journal of Teaching & Learning Language & Literature*, vol. 14, núm. 1, 2021, pp. 1–27.
- Urbano, Karla. “«El cansancio se hereda», conversación con Ana Negri sobre *Los eufemismos* (México, Antilope, 2021)”. *SENALC. Seminario de Estudios sobre Narrativa Latinoamericana Contemporánea*, 1 mar. 2022. www.senalc.com/2022/03/01/el-cansancio-se-hereda-conversacion-con-ana-negri-sobre-los-eufemismos/. Consultado el 12 feb. 2026.
- White, Hayden. “The Value of Narrativity in the Representation of Reality.” *Critical Inquiry*, vol. 7, núm. 1, 1980, pp. 5–27.



Pitt Open
Library
Publishing

New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.

This journal is published by [Pitt Open Library Publishing](http://pittopenlibrarypublishing.com).